

*colección*  
**PERIODISMO  
CULTURAL**

# *Testigos del Cervantino*

Leticia Sánchez Medel





Foto de Christa Cowrie

Leticia Sánchez Medel es egresada de la licenciatura de periodismo y comunicación de la FES Acatlán de la UNAM. Posgraduada por la Universidad Iberoamericana en periodismo de investigación. Durante más de veinte años ha contribuido al desarrollo del periodismo cultural como reportera en el IMER, en Milenio Televisión y en los periódicos *Reforma* y *Milenio Diario*.

Entre sus trabajos destaca la publicación del hallazgo de otro final de la película *Los Olvidados* de Luis Buñuel en una cinta que se encontraba entre latas abandonadas en la Filmoteca de la UNAM. Este hecho insólito desató una serie de entrevistas, una de ellas con Octavio Paz, quien aseguró haber sido el artífice de la presentación de este filme en el Festival de Cannes. Poseedora de una formación multidisciplinaria, cuenta con la especialización en comunicación científica y médica, así como en periodismo religioso.

Entre los cursos y talleres que ha tomado destacan los impartidos por el comunicólogo francés Abraham Moles; el periodista polaco Ryszard Kapuściński, y el padre del periodismo encubierto, Günter Wallraff. Es autora de los libros *Festival Internacional Cervantino, 40 visiones de un mismo escenario* (publicado en 2012 con motivo de los cuarenta años del festival) y de *Voces del Cervantino* (Conaculta, 2014).

## *Índice*

Agradecimientos. . . . .	13
Presentación. . . . .	15

### VISIÓN SOBRE EL ESCENARIO

Testigos del Cervantino	
Leticia Sánchez Medel . . . . .	21
Oportunidad de oro	
Carlos Ximénez. . . . .	23
Desde la primera edición del FIC	
Roberto López Moreno. . . . .	28
El Cervantino, institución del periodismo cultural mexicano	
Patricia Vega. . . . .	32
Origen poco conocido del Cervantino	
Fernando de Ita . . . . .	36
¡Felices 40!	
Alejandra Leal Miranda. . . . .	40
El Cervantino, un rito iniciático	
Juan Solís . . . . .	44
La Meca de los jóvenes	
Ángel Vargas. . . . .	48
Duende creativo del Cervantino	
Juan Carlos Jiménez . . . . .	53
El Cervantino, bien cultural intangible	
Juan Hernández Islas. . . . .	58

El Cervantino, mi impulso para ser periodista	
Sergio Raúl López . . . . .	62
El Cervantino, un doctorado	
Édgar Alejandro Hernández . . . . .	67
Que no se quede ahí	
Luis Galindo . . . . .	71
Olimpo cultural, cita de dioses	
Pablo Espinosa . . . . .	74
Compromiso: escribir buenas notas	
Patricia Velázquez Yebra . . . . .	78
El Cervantino marca la vida cultural del país	
Carmen García Bermejo . . . . .	82
¡Más de 140 periodistas acreditados!	
Guadalupe Pereyra . . . . .	86
El Cervantino, determinante en mi vida	
Yanet Aguilar . . . . .	91
De necesidad a tradición periodística	
Arnoldo Cuéllar . . . . .	96
El Cervantino: experiencia de lujo y aprendizaje sensacional	
Alfredo Camacho . . . . .	100

#### VISIÓN DE PUÑO Y LETRA

El Cervantino en la Ciudad de México	
Elda Maceda . . . . .	107
Ilusiones del Cervantino	
Manuel Carrillo . . . . .	110
Los de ayer, hoy y mañana	
Juan Carlos Valdés . . . . .	113
Ningún festival como el Cervantino	
Huemanzin Rodríguez . . . . .	117

#### VISIÓN SOBRE VISIÓN

Nacimiento del FIC	
Jaime Padilla . . . . .	125

Documentalista de los <i>Entremeses cervantinos</i>	
Rolando Briseño . . . . .	129
Cultura festiva para el pueblo	
Miguel Sabido . . . . .	134
Cobertura desde la marginalidad	
Carlos Porraz . . . . .	139
El Cervantino, fenómeno social	
Miguel de la Cruz . . . . .	143
Confesiones fuera de lo común	
Víctor Gaspar . . . . .	146
¡Dios sí existe!	
Édgar Tamayo . . . . .	150
“Meritorio gratificado”	
José Luis Medina Lona . . . . .	155
Milagros del FIC	
Rafael Montero Pineda . . . . .	159
¿Von Karajan? No llegó	
Gustavo López . . . . .	163

#### VISIÓN DE AYER

Charla cervantina	
Manuel Gutiérrez Oropeza . . . . .	169
Caminos de Guanajuato	
Manuel Blanco . . . . .	173

#### VISIÓN DE LOS PROTAGONISTAS

<i>Carmina Burana</i> y el cuarto poder	
Nellie Happee . . . . .	183
Pasajes imborrables del Cervantino	
Ramón Vargas . . . . .	187
Realeza inglesa en Guanajuato	
Eugenio Trueba Olivares . . . . .	190
Realeza española en los <i>Entremeses cervantinos</i>	
Isauro Rionda . . . . .	195

Carmen Romano, promotora internacional del FIC Dora Luz Haw y Leticia Sánchez Medel . . . . .	199
Semblanzas . . . . .	206

## *Presentación*

**T***estigos del Cervantino\** es un libro de experiencias narradas por quienes han vivido y palpitado desde los escenarios y los foros de esta fiesta cultural, la más importante de México y Latinoamérica.

La protagonista es la memoria de aquellos que, con su lanza y su corcel Rocinante, se han propuesto emular a Don Quijote de la Mancha al explorar los senderos de Guanajuato con el único sueño de cumplir con sus hazañas: lograr los aplausos, los mejores relatos, las entrevistas exclusivas y las más sorprendentes crónicas.

Es un homenaje al FIC desde la mirada de quienes se han dedicado a narrarlo día tras día en los periódicos, en la radio, en la televisión y, más recientemente, a través del internet.

Estas voces, que se reúnen a propósito del 40 aniversario del nacimiento del Cervantino, ofrecen otra versión de la llamada Fiesta del Espíritu. Es un proyecto que rescata perfiles, anécdotas, coberturas periodísticas, datos curiosos, sorpresas e historias no publicadas, como las distintas versiones sobre el origen del FIC; los relatos sobre el fracaso o el éxito de algún espectáculo; y los textos periodísticos que ayudan a

\* El contenido de este libro fue publicado por el FIC en 2012 bajo el título *Festival Internacional Cervantino 40 visiones de un mismo escenario*, ahora se incluye en la colección Periodismo Cultural con la intención de contar en ella con todos los testimonios reunidos por la autora sobre la Fiesta del Espíritu tanto en este volumen como en *Voces del Cervantino* (2014). [N. del ed.]

cualquier lector a entender que el Cervantino ha sido, en estos 40 años, el reflejo del acontecer económico, social, cultural y político de este país.

Como dice el refrán, “ni son todos los que están ni están todos los que son”. Pero lograr que algunos de los más destacados periodistas de la fuente cultural compartieran sus tesoros en este trabajo es el mejor regalo que cualquier persona interesada en la historia del Cervantino pueda tener entre sus manos.

Los arriesgados reporteros de prensa escrita que dan su visión sobre el escenario y se atrevieron a seguir las andanzas del Caballero de la Triste Figura y pregonarlas de viva voz fueron: Carlitos Ximénez, Roberto López Moreno, Patricia Vega, Fernando de Ita, Juan Solís, Alejandra Leal Miranda, Ángel Vargas, Juan Carlos Jiménez, Juan Hernández Islas, Sergio Raúl López, Édgar Alejandro Hernández, Luis Galindo, Pablo Espinosa, Patricia Velázquez Yebra, Carmen García Bermejo, Guadalupe Pereyra, Yanet Aguilar, Arnoldo Cuéllar y Alfredo Camacho.

Particularmente hubo varios periodistas que decidieron ofrecer su visión de puño y letra alrededor del Cervantino: Huemanzin Rodríguez, Elda Maceda, Juan Carlos Valdés y Manuel Carrillo.

A través de la lente o de la cámara de televisión comparten su visión sobre visión: Jaime Padilla, Rolando Briseño, Carlos Porraz, Miguel de la Cruz, Víctor Gaspar, Édgar Tamayo, José Luis Medina Lona, Rafael Montero Pineda, Gustavo López y Miguel Sabido, pilar del teatro mexicano, incorporado en este rubro porque en ese entonces su participación en el Cervantino fue mediante la realización de programas de TV.

Hay cinco voces que no pertenecen al gremio periodístico, pero es importante incluirlas para complementar esta osadía y tener la visión de los protagonistas. Me refiero al tenor Ramón Vargas, a la coreógrafa y bailarina Nellie Happee, al cronista Isauro Rionda, a Eugenio Trueba, quien fuera rector de la Universidad de Guanajuato, en dos ocasiones y a Carmen

Romano —esposa del ex presidente José López Portillo—, quien asumió la dirección del Patronato del FIC en su época de auge, presente gracias a la única entrevista que concedió, la cual marcó un antes y un después en el ámbito cultural.

Destaca también la visión de ayer que hicieron los periodistas Manuel Blanco y Manuel Gutiérrez Oropeza —quienes ya no están entre nosotros— alrededor del Cervantino, justo cuando el Festival celebraba su primer cuarto de siglo.

La gran ausente es la voz del ex presidente Luis Echeverría Álvarez, como impulsor del FIC, pero su salud le impidió compartir un testimonio. Ésa fue la justificación de su hija, María Esther Echeverría, tras días y semanas de insistencia.



*Arriba de izquierda a derecha: José Luis Medina Lona, Sergio Jiménez, Víctor Gaspar, Manuel Carrillo y Leticia Sánchez. En medio de Izquierda a derecha: Arnoldo Cuéllar Ornelas, Maceda, Carlos Ximénez, Guadalupe Pereyra, Patricia Vega, Abajo de Izquierda a derecha: Rolando Briseño, Juan Carlos Hernández y Gustavo López en el Teatro Juárez de la ciudad*



Raúl López, Roberto López Moreno, Luis Galindo, Juan Carlos

Alejandra Leal, Patricia Velázquez, Carmen García Bermejo, Elda  
y Carlos Porraz.

Valdéz, Edgar Tamayo, Rafael Montero, Miguel de la Cruz, Juan  
de Guanajuato/ Fotografía de Christa Cowrie.

# **VISIÓN DE AYER**



*Charla cervantina*<sup>1</sup>  
Manuel Gutiérrez Oropeza

**E**ste mediodía aquí, en Guanajuato, revolotea la nostalgia entre el hipotálamo y mis costillares, no puedo evitarlo. Desde hace una década que no regresaba al FIC. Pero antes de esa fecha, no hubo Festival que un servidor dejara de cubrir periódicamente, excepto el primero, al que no asistí porque le hice caso a José Alfredo: no pasé por Salamanca, me fui rodeando veredas y cuando advertí ya estaba en las rutas de los cárteles que narra el “Corrido del Caballo Blanco”. Qué casualidad que era blanco natural... para mí que estaba cubierto con polvos del Señor de los Cielos y por eso andaba de Guadalajara a Culiacán y de allí a Mexicali... Nomás le faltó pasar al hospital de Santa Mónica a hacerse una liposucción.

Total, que a partir del segundo Festival llegué con brújula y a José Alfredo lo dejé en el rincón de una cantina.

¡Ah!, los primeros años del Cervantino en la era del “lopezporpillaje”: grandes orquestas y solistas, banquetes palaciegos y —no me lo van a creer— las calles sin pirrurris ni parrandas de alto pepcilindraje. El único “pero” era la guaruriza de la primera dama, quien llegaba a los conciertos con *look* de La Tigresa (apodo de la actriz y cantante mexicana Irma Serrano), pero en corriente...

<sup>1</sup> Con este título, el periodista y decano del FIC —quien ya no se encuentra entre nosotros—, participó en la mesa redonda organizada el 6 de octubre de 1997, con motivo de los 25 años del FIC. Ahora, con la autorización de su viuda, la señora Carmen Bahena, se publica esta reflexión.

En aquellos tiempos —último tercio de la década de 1970— sólo veníamos unos cuantos periodistas, y nos sentíamos jefes sin quejas. Cubrir el Cervantino no era cosa de firmar como propios los boletines, envíos de última hora, apresuramientos para escribir, “chacaleos” y toda la sarta de vicios que asfixian a algunos sectores de la prensa.

El trabajo periodístico en el Cervantino era manso, cordial, reposado. Uno escribía su nota, su crónica o su entrevista y la sometía al horno de la corrección y hasta al cotejo con la de los cuates, que eran fraternos y generosos.

Pero, poco a poco, los medios de información advirtieron que la cultura también atraía lectores y era negocio —aunque sólo para los dueños, qué caray. Entonces los diarios, las revistas, las radiodifusoras y hasta las empresas televisivas destacaron enviados especiales. Has de cuenta que entrara el Metro al Panteón de Dolores o que fanáticos del grupo Molotov invadieran las pacíficas instalaciones de El Colegio Nacional.

Afortunadamente, no nos mató el ramalazo a los antiguos “periocervantinos” y hasta las nuevas generaciones de reporteros nos permitieron que hiciéramos ronda cultural y cantinera con ellos.

Para adaptarnos a ese virus juvenil, antes y después de que llegara la tropa fresca, ofrecíamos cada año una charla sobre periodismo en la preparatoria de Guanajuato. Y ahí estaban, ante decenas de alumnos, las reales y sonoras exposiciones de Roberto López Moreno y toda una convención de Carlos Ximénez, Carlos Santana, Carlos Cinemundial y hasta el tartamudo Carlos Álvarez de la Huerta, por cierto, el primer cuate cervantino de quien lamentamos su muerte.

Ahora que menciono nuestro trato con la juventud, recuerdo que una mañana desayunábamos varios amigos en el restaurante San Diego: Raúl Díaz, José Antonio Fernández, Roberto López Moreno y el que habla. En eso se acercó deslumbrante la reina de la belleza guanajuatense en turno. No caminaba, flotaba, parecía marchista mexicano en Juegos Olímpicos. Nos dijo que no había mesas, que si podía desayunar con nosotros.

Son tan amenas y socráticas las conversaciones entre periodistas y reinas de belleza, que yo me puse a leer un programa de mano de la Orquesta de Cámara de Zagreb, por supuesto, escrito en yugoslavo. Al terminar mi fingida lectura, anuncié con vigoroso disgusto: “Mira cómo hablan mal de nosotros, pinches serbios” (todavía no se divorciaban los serbios de los croatas). Cada uno de mis amigos tomó el folleto en sus manos, fingió leerlo y concluyeron como yo: “Ya ni la amuelan”. Cuando el texto llegó a las hermosas manos de la joven y paseó el enigma de sus ojos en tan incomprensible idioma, profirió —reina ella— una soberana tontería: “Sí, es cierto”, aceptó muy seria, presumiendo que también entendía tal desmadre de términos inmunes a las vocales.

Los supuestos expertos en cubrir el Cervantino también aprendimos de compañeros que por primera vez arribaban al festejo guanajuatense. Sabíamos que la experiencia no es una conquista escalafonaria.

Claro, entre los recién incorporados había de todo: jóvenes brillantes que nos ayudaron a renovar la sintaxis, chavos y chavas con una envidiable audacia para conseguir la nota de ocho columnas; mujeres que estaban en periodismo sólo porque pasaron el examen de inglés, sin acento agudo; personas que con tal de vender líneas ágatas en sus publicaciones vendían líneas a gatas; reporteritos de cultura que hablaban de Paz, Pacheco, Tamayo, Argüelles y Ripstein sólo porque habían leído sus nombres en algún boletín de prensa que reprodujeron con su firma. En fin, tipos que, gustosos, si hubieran tenido oportunidad, serían Mesalinas de Gortari, como lo fueron otros.

Debo decir que gracias al Cervantino conocí a fondo el ambiente de la prensa cultural. Por motivos de albedrío y de trabajo no frecuento conferencias de prensa, cocteles o presentaciones de actividades culturales, así que tengo poca relación con los compañeros. El Cervantino me permitió tratar a mucha gente que sólo conocía de leer sus textos en medios impresos.

Agradezco al Cervantino la oportunidad que me dio de conocer a periodistas que ya admiraba o que comencé a leer con gusto por su honestidad, su maravilloso estilo y su compromiso con los lectores.

Lo admito: sin el gafete cervantino jamás hubiera entrado en contacto con las actividades más importantes de la cultura universal en las décadas de 1970 y 1980. Trabajar periodísticamente en el Festival fue todo un lujo. A pesar de que estuve aquí, en Guanajuato, tantos años, siempre me alborozaba caminar por sus calles, entrar en sus museos y teatros. Sentir esta incomparable atmósfera que nos deja una sensación sobrecogedora. Debo reconocerlo: después del Cervantino, siempre regreso a México sobrecogido de emoción.

Aún recuerdo la frase que me dijo un amigo después de que trajo a su novia a un Cervantino: "¡Ay, Guanajuato, cuántos hímenes se acometen en tu nombre!"

Como expresé, hace 10 años que no participaba en esta Fiesta del Espíritu. Cuando uno abandona un instrumento, como cuando se distancia de un buen amigo, hay cosas que dejan de pertenecerle y queda la sensación de que ya no se puede volver a ser el mismo. Sin embargo, hoy en este Festival Cervantino siento como si nunca me hubiera ido, como si de súbito el tiempo recobrado flameara, poderoso y congregante. ¿Cómo decirlo? Me asedia de tal modo el júbilo cervantino que prefiero concluir aquí para salir pronto a llenarme del fulgor guanajuatense.

## *Caminos de Guanajuato*<sup>1</sup> Manuel Blanco

**E**ntre la celebración colectiva y el festejo casi personal, entre el pueril asombro y los entusiasmos acríticos de todo momento, el FIC se presenta como la libreta de apuntes que todo reportero cultural lleva adentro. ¿Cómo evadir la nostalgia, si en la improvisada cofradía nosotros hemos sido el festejo?

El festival de teatro, modesto pero de calidad que quiso ser en un principio, bajo los impulsos del teatro universitario guanajuatense que dirigía Enrique Ruelas, muy pronto multiplicó sus motivos y precisó sus primeros fines al hacerse cargo de sus gastos y su promoción el entonces Departamento de Turismo. Luego fue el Ejecutivo federal quien tomó en sus manos la organización del Festival, al crear el aparato operativo, administrativo y burocrático que hoy conocemos.

Pronto los entusiasmos populistas del echeverrismo se transfiguraron en los desplantes dispendiosos del sexenio de José López Portillo, pues vivíamos la jauja petrolera y, según su decir, teníamos que aprender a administrar la abundancia.

No se ha hecho la crónica de aquel dispendio que, quizá, satisfizo los gustos usualmente poco refinados de políticos y funcionarios, quienes siempre consideraron que el barniz

<sup>1</sup> Como el maestro y decano del FIC, Manuel Blanco (1943-1998), que ya se encontraba muy enfermo, mandó este texto, al que se le dio lectura el 6 de octubre de 1997 en el Teatro Juárez, durante la mesa redonda que se desarrolló con motivo de los 25 años del FIC. Tales reflexiones ahora se publican en este volumen con la autorización de su hijo, el fotógrafo Lucio Blanco.

cultural les otorgaba un nivel social para el cual en verdad estaban negados.

A cambio, el Festival Cervantino se convirtió en el enorme escaparate que anunciaba la innegable prosperidad del país; y en la muestra fehaciente de que no sólo estábamos preparados para recibirla, sino que ya probábamos, con algún rubor pero con innegable alborozo, las mieles de la modernidad.

De paso, el nuevo rico convertido en anfitrión, aunque fuese con sombrero ajeno, podía darse el lujo de mostrar, a propios y extraños, la democracia y la pluralidad que entonces estaban lejos de existir en el país. También estaban las voces críticas que ejercían la libertad de expresión, las cuales el periodismo progubernamental, o simplemente convenenciero, siempre había sabido disminuir y, en su caso, acallar, en los otros terrenos de la vida pública.

El destino era ineluctable: el Festival Cervantino sería internacional y para consumo de propios y extraños, el gran escaparate dadivoso del régimen en turno. Como tal, convocaría sin distinción a los artistas de todas las latitudes y mostraría, aunque fuera selectivamente, el nivel y la calidad del arte y la cultura del país.

Fue un rico filón que los funcionarios descubrieron alborozados. No había nada que inventar porque todo estaba hecho, era como servirse de la bandeja que, sin eufemismos, era de plata. Había una cultura milenaria, una tradición espléndida y una ciudad, Guanajuato, que ejemplificaba el paso enriquecedor del tiempo. Por si todo eso fuera poco, había un fermento visible, así como un vigor artístico y cultural a la espera de los blasones que ahora sin duda otorgaría, con mano estricta pero benevolente, el reconocimiento oficial. ¿Qué artista, cuál creador, que se preciara de ello, desearía quedar restringido al silencio, destinado al anonimato o simplemente al margen de este megaproyecto culturoso que se iniciaba?

Para quienes ya entonces, atentos sólo a nuestro propio entusiasmo, nos esforzábamos en aprender los elementos básicos del periodismo, el Festival guanajuatense fue un

deslumbramiento y una revelación. Culturalmente, el abanico de nuestros conocimientos se ensanchaba de forma notable. Desde el punto de vista profesional era la oportunidad que ningún cursillo rápido ni ninguna escuela de periodismo estaban en aptitud de brindar.

No estará de más repetirlo: era una época en que ni siquiera se habían inventado los reporteros de cultura, sólo existían los suplementos culturales, así que las pizcas de erudición que lograban colarse a las páginas de diarios y revistas se repartían en las secciones de sociales y espectáculos.

No se podía pedir más. Aquellas primeras ruedas de prensa, una vez que el Festival había cobrado forma, eran la aglomeración de 200 y hasta 300 reporteros habilitados a la carrera para cubrir una fuente de la que se ignoraba casi todo. Si las preguntas eran turísticas e insulsas, las respuestas tendían a lo mismo, salvo por la presencia afortunada de algún artista medianamente cultivado. Ya se sabe que, a excepción de los auténticos creadores, el artista tiende a encerrarse en los castillos culturosos y fantásticos, pero llenos de cartabones y verdades absolutas que el arte consagrado y la vida oficial le entregaron a cada paso. Duele a veces aceptar que el músico, el bailarín o el actor suelen ser, aquí y en cualquier parte del mundo, personajes profundamente incultos.

Pero también eran los tiempos, un tanto como ahora, en que rifaba el apoliticismo entre los reporteros. Es decir, la falsa, tonta y contraproducente creencia de que el arte y la cultura nada tienen que ver con la política. Y de que aun dentro de la tarea periodística, la información cultural es una isla, intocada por las banalidades de este mundo y a salvo de intereses mezquinos y corruptelas.

Aun sin que los periodistas lo advirtieran, el barniz cultural los impregnaba al llegar a Guanajuato y descubrían que hasta en sus propios medios la cultura era ocasional y francamente menor.

El Cervantino fue la escuela de la que todos carecimos. Unos porque al llegar al oficio sólo encontramos la posibilidad

del autodidactismo. El resto, porque apenas salían a la calle las primeras generaciones de egresados de las escuelas de periodismo y éstas, de todos modos, al igual que ahora, ignoraban limpiamente el periodismo cultural.

En ese sentido, el Festival era la oportunidad única para algunos de “convivir con los artistas”, así, entre comillas, con todo lo pueril y deleznable que pueda sonar la expresión. Y para otros, probablemente los menos, de convivir con el suceso cultural desde adentro. Es decir, desde el ensayo y la función, desde las vivencias de los propios creadores y su reflexión acerca del fenómeno artístico.

Para muchos de aquellos reporteros fue la ocasión de conocer un teatro por dentro, de asistir a los ensayos de los músicos, de los actores o de los bailarines. Y de ser testigos de sus actuaciones desde las primeras filas. Y todavía más: fue la oportunidad de escuchar y de confrontar las opiniones de los mejores artistas en las incontables ruedas de prensa y aun en las entrevistas más o menos exclusivas a las que todos en realidad tuvimos acceso.

Con el añadido, no minimizable, de que por esos años llegaron a Guanajuato, sin exageración alguna, las compañías y los artistas más notables del mundo. Los teatristas de la vanguardia, las orquestas y los músicos de mayor prestigio, al lado de las grandes compañías de ballet y las mejores expresiones del arte tradicional y del folclor de todas las latitudes.

La otra sorpresa consistió en comprobar el alto nivel alcanzado por los artistas nacionales, y el indudable fermento creativo en todas las ramas del arte. Las exposiciones, los recitales, las mesas redondas, hasta los ciclos cinematográficos redondeaban esta visión y confirmaban la misma verdad.

Pero el Cervantino fue una escuela sólo para quienes desearon asumirlo como tal. La otra cara de la moneda también estaba dispuesta. En un medio tradicionalmente corrupto y signado por la manipulación informativa, un suceso como el Festival no podía sino reproducir, aunque fuera bajo formas

propias, lo que ya existía en la sociedad. Era, de paso, la confirmación hiriente de que la cultura no es una isla.

Hubo entonces, y los sigue habiendo, reporteros de cultura incapaces e incultos, a quienes los domina la soberbia y se niegan a aprender, ya no las peculiaridades y las especializaciones del periodismo cultural, sino, incluso, los elementos básicos del oficio: los de la información sin ribetes dorados y los de una correcta escritura.

Hay que aceptar que el medio envilecedor y acomodaticio siempre fue el más fuerte, y que a la mayoría de los reporteros acreditados al Cervantino los ganó la farándula y el trabajo fácil. A todos ellos, la oportunidad de convivir en el oficio, de intercambiar experiencias, de aprender unos de otros, les pasó de lado. A muchos ni siquiera les quedó la conciencia, salvo como presunción familiar o cantinera, de haber asistido a sucesos culturales del más alto nivel, que por su propia naturaleza habían sido oportunidades formativas irrepetibles. ¿Cuántos reporteros no se ufanaron de haber asistido no una, sino muchas veces al Festival de Guanajuato? ¿Cuántos no buscaron y obtuvieron la acreditación de sus medios?, incluso por caminos muy poco honestos, pero al mismo tiempo fueron incapaces de mejorar un ápice su propia escritura, de aportar algo siquiera a la difusión de la cultura, ya no digamos al análisis o a la crítica.

En una época, un grupo de reporteros intentó ligar el Cervantino con la universidad guanajuatense. Aparte del afianzamiento de vínculos con profesores y estudiantes, anualmente organizaban al menos una mesa redonda sobre temas de periodismo y cultura en las instalaciones universitarias. Pero al paso del tiempo y paralelamente a la erosión del propio Festival, el conato de tradición se fue perdiendo hasta desaparecer.

La otra experiencia malograda fue la del premio de periodismo El Gallo Pitagórico, que se pensó como un reconocimiento de los periodistas para los periodistas. Sólo pudo otorgarse en cuatro ocasiones y la causa de ese fracaso hay que

atribuirla a la abulia y al franco desinterés de los periodistas por todo lo que tenga que ver con asuntos de tipo gremial y hasta de su propio trabajo.

Finalmente, hay que decir que las autoridades del Festival siempre fueron muy poco receptivas al medio periodístico acreditado. Como funcionarios, en el nivel que fuere, siempre buscaron el elogio o al menos la complacencia. Y supieron ser, según el caso, zalameros o indignarse y hasta tomar medidas drásticas cuando pudieron, con tal de acallar las voces críticas o mínimamente independientes.

El resto lo hicieron los propios periodistas encandilados por todo un sistema donde campean lo mismo la desinformación que la corruptela cotidiana, el boletín de prensa y la información ya digerida. Donde es mejor repetir lo ya dicho que salir a la calle, meterse a los teatros y a las salas de exposición o de conciertos, conseguir la entrevista, armar la crónica a partir de lo vivido, pensar nuevamente cada cosa y hacerlo con disposición crítica.

Pero en el balance uno siempre tiene, al menos, la pretensión de ser justo. Y el Festival Cervantino difícilmente podría otorgar certificados de excelencia o al menos de buena conducta profesional. A cambio, desenrolló el tapete verde de las posibilidades, y ofreció a quien quisiera asumirlo la multiplicada experiencia del hecho artístico y cultural, en una ciudad que aun a costa del trastocamiento de su vida cotidiana y de la degradación de sus normas habituales de convivencia, ofreció con gran generosidad lo mejor de sí misma.

En el camino, hay que reconocer que el periodismo de cultura ganó mayores espacios y supo conquistar nuevos peldaños. De ese impulso general, sin duda, supo beneficiarse la fotografía de prensa. Y si la información cultural salió beneficiada con todo ello, no hay por qué minimizar el surgimiento de un núcleo de reporteros en el que pudieron observarse claramente los conatos y las posibilidades de un estilo y las perspectivas de la verdadera especialización. Que hayan sido

los menos no debería desanimarnos del todo; ¿no dijo Dios que de lo bueno, poco?

No vale la pena, pienso, perderse en el anecdotario de las parrandas y de las correrías por las calles empinadas de Guanajuato y de sus mil reductos convertidos en recintos de cultura. En mi visión personal, cuentan las tabernas, las plazas, el mercado y los jardines, pero una cosa sobre todo: el señorío de su gente y la generosidad con que fui recibido. Son cosas que lo marcan a uno para siempre (San Simón Tolnáhuac, Distrito Federal).

## Otros títulos de la colección

*Alegoría del deseo*  
Vladimir Rothsuh

*Viernes*  
Fernando Solana Olivares

*México en la Cultura (1949-1961). Renovación literaria  
y testimonio crítico*  
Víctor Manuel Camposeco

*Voces del Cervantino*  
Leticia Sánchez Medel

*Horas y deshoras*  
Miguel Ángel Flores

*Periodismo de emergencia*  
Vicente Leñero

*El Santo Oficio. Periodismo, literatura y cultura popular*  
José Luis Martínez S.

*Un informante en el olvido: Alfonso Reyes*  
Marcos Daniel Aguilar

*Testigos del Cervantino* es un libro de experiencias narradas por quienes han vivido y palpitado desde los escenarios de esta fiesta cultural, la más importante de México y Latinoamérica, convirtiéndose en un homenaje por el 40 aniversario del Festival Internacional Cervantino (FIC). Reúne las voces y miradas de los profesionales del periodismo que se han dedicado a darle cobertura informativa día tras día para compartir su trabajo en periódicos, radio, televisión e, incluso, en portales digitales.

La protagonista de este volumen es la memoria de aquellos que, con su lanza y su corcel Rocinante, se han propuesto emular a Don Quijote de la Mancha al explorar los senderos de Guanajuato con el único sueño de cumplir con sus hazañas: lograr los aplausos, los mejores relatos, las entrevistas exclusivas y las más sorprendentes crónicas. De manera que estas páginas rescatan perfiles, anécdotas, coberturas periodísticas, datos curiosos, sorpresas e historias no publicadas, como las distintas versiones sobre el origen del FIC, los relatos sobre el fracaso o el éxito de algún espectáculo, y los textos que ayudan a cualquier lector a entender que el Cervantino ha sido el reflejo del acontecer económico, social, cultural y político de este país.

